

Recuerdos

Montevideo, agosto 3, de 1938.

Dr. Emilio Frugoni

Estimado Señor y amigos,

Recuerdo de mi

"Nocturno" una muy bondadosa, y por lo mismo, exigida referencia a Vd. a mis pobres Trabajos sobre Lu-
fones y Uvulas y Visceras. Le agradezco a Vd. de to-
do corazón esa amabilidad, y aprovecho esta
ocasión para felicitarlo por su espléndido dis-
curso del mitin de estos días. No lo escuché,
ni pensé siquiera hacerlo, solo su discurso, por-
que me pareció innecesario. Tiene Vd. que sa-
ber que cuantos lo oyeran no pueden menos
que aplaudir el civismo y la elocuencia
con que Vd. habló. Con ese aplauso de todos el mun-
do habría quedado confundido el misero
me obligara a distraer a la atención de Vd.
esta página de "Nocturno". No soy patetista, pero sí
patético; no tengo en política ninguna actua-
ción como no sea la muy modesta de un cin-
dadano apasionado por el Derecho; en esta si-
tuación he seguido la campaña tengo a Vd.
contra los abusos de estos últimos años. Con todos los
contados personajes de nuestro país he seguido a Vd.
el decoro nacional. No hay ningún título suyo
para un político en estos momentos.

Saludo a Vd. con mi mayor consideración

Emilio Frugoni

de Lauxar

entre los árboles vivos



Dr. Osvaldo Crispo Acosta

DISCIPULOS, admiradores, amigos del Profesor Osvaldo Crispo Acosta se han dirigido a las autoridades comunales para solicitar que una plazuela de Montevideo lleve el nombre del querido Maestro. Así se les concedió, y debemos agradecerlo.

El sitio no puede ser más adecuado. Entre los dos edificios ya tradicionales —la Universidad y el Instituto Vázquez Acevedo— la plazuela está situada en un espacio ancho y reposante, plantado con árboles de fresco follaje perenne. El tránsito es vivo: se suma a la vida urbana el ir y venir de los estudiantes.

Este pulsátil encuentro hace pensar a veces en aquellos nobles contornos de universidades europeas, en los que se cruzan, graciosamente, el pueblo y los estudiantes, el pueblo y los profesores, signados allí por caracteres de autenticidad y de nobleza, integrando una cultura viva y cordial tan fecunda como sus propias antiguas raíces.

Durante muchos años —por cincuenta fue profesor— el Dr. Crispo Acosta cruzó con su paso ágil inolvidable, con su figura de hidalgo esencial, esta calle, esta plaza, este aire poblado de estudiantes.

Seguramente se hubiera sorprendido, con aquella su sonrisa inteligente, escéptica, un poco burlona, si se le hubiese dicho algo sobre el porvenir de la plazuela, ligado a su nombre. Y se hubiera enojado. Porque este gran señor tenía una modestia, un sentido del recato y de la intimidad que constituían lo más entrañable de su carácter. Pero a sus amigos, a sus discípulos, a sus admiradores, no nos ha detenido el pensamiento de una casi segura, tajante oposición del Dr. Crispo ante la posibilidad de que esta linda plazuela lleve su nombre. Bien está que allí mismo, cerca del aula en que vivió y murió se recuerde que hubo en nuestro país un ser excepcional, pilar de nuestra cultura, representante de un estilo universitario, de un estilo ciudadano, de un estilo personal que fue norma y que podría seguir siendo el más eficaz consejo.

Miro los nombres de quienes han buscado este sitio para signarlo con el recuerdo del Dr. Crispo Acosta. Son de seres diversos, que pasaron por las clases de Lauxar y que en distintas disciplinas y situaciones pudieron seguir sintiendo la influencia de aquel magisterio; son nombres significativos de nuestro país, desde los de creadores de ciencia y de vida moral hasta el nombre generoso de Juana de Ibarbourou, que quiso asociarse, con su señorío y gracia de siempre, a la empresa: porque desde su encantada Poesía también supo la asistencia noble, la compañía rectora de aquel verdadero Maestro...

¿Por qué, a través de los años, quienes pasaron por el aula de Lauxar, quienes lo conocieron, lo recuerdan intensamente, lo valorizan cada vez más, y descubren cada día la influencia que aquella personalidad suya tuvo sobre las generaciones que lo escucharon?

Osvaldo Crispo Acosta enseñaba Literatura en su cátedra y en sus libros de crítica. Se sometía a una disciplina viva y rigurosa. Sus clases eran el más perfecto ejemplo de acción pedagógica. Su Pedagogía era una pedagogía profunda.

A través de los temas de la Historia literaria, este Maestro enseñaba muchas cosas. Descubría los valores humanos, los valores morales, insertos en la Cultura y en el Arte.

Enseñaba a llegar, por esa vía, al propio ejercicio por el que el ser se realiza. Una clase de Lauxar era como un cristal: claridad, limidez, honestidad intelectual, medida en la jerarquización de los valores.

¿Qué riqueza tan viva, tan original, tan resplandeciente en los niveles de cada día, en la sencilla aceptación de un plan y de un Programa; en la naturalidad y la modestia de un ser atento a sus límites, vigilándose con inteligencia y buscando siempre ser objetivo y concreto sin que esto supusiese despersonalización ni ausencia de matices finos que le descubríamos tal escondidas gemas.

Muchas veces, considerando los rasgos del doctor Crispo Acosta hemos pensado en aquel libro singular de Vaz Ferreira: **Moral para intelectuales**. Entre los capítulos —impresionantes— faltan muchos que habría que hacer. Moral de Estudiantes. Moral de Maestros. Moral de Profesores... ¿Qué trabajo interesante para quien quisiese emprender, con modestia y sentido de las distancias, esta ampliación del libro genial!

El Dr. Crispo inspiraría notablemente ese capítulo en que pueden darse las líneas de una **Moral del Profesor**. Tal podía deducirse de sus clases, de su actitud ante su misión, de su respeto a su oficio, y de esta difícil tarea por la que más allá de la información de la erudición, el Maestro ha de ser un creador de Cultura, un creador de almas, un grave forjador del carácter y de la libertad.

Seguramente estas posibilidades se asociaban a una actitud doctrinal, que da unidad y carácter a la acción de Crispo en la Cátedra, y a su labor de crítico en las páginas que él firmaba con el seudónimo elegante de **Lauxar**.

En todos los casos enseñaba a valorizar los caracteres clásicos, eternos, del estilo: limpidez, sobriedad, inteligibilidad. Los mostraba con entusiasmo en aquellos autores que estaban mas cerca de su modo personal, más próximos a su raíz clásica. Le costaba —él mismo lo declaró— reconocer esos elementos en autores modernos en los que esos valores siguen siendo tales, bajo otras formas; y sobre todo en aquellos sobre los que tuvimos inolvidables diálogos; aquellos en que se patentiza la hermosa definición de la **Poesía como intell'ible y no explicable**...

Irreductible en cuanto a sus ideas sobre Arte, daba el Dr. Crispo una lección de libertad que no podré olvidar nunca. Su respeto por los demás, su amor a la inteligencia, su señorío ingenuo, lo llevaban a aceptar, sin ceder nada de sus opiniones, el derecho a los juicios opuestos. Y discutir con él era como un lujo de la vida, porque todo el sufrimiento de la discusión se apaciguaba al sentir la cordialidad de aquel hombre que podía parecer huraño y que, sin embargo, guardaba intactas las íntimas reservas de la sensibilidad y del deseo de comunicación. Esas reservas se emparentaban con sus gustos literarios y su orientación pedagógica: con su amor a los héroes, su admiración por las actitudes de noble estirpe moral, su gozo ante las victorias de la expresión.

Ahora el recuerdo de Lauxar vivirá en los labios

y en el espíritu de muchos, y por siempre, a la sombra de estos graciosos árboles y junto a los muros de esta casa de noble tradición, la Universidad, de que el Maestro fue representante dignísimo.

Son árboles que nos ayudan a recordar y soñar, a ser más buenos y más cordiales. Es la casa a la que tendremos siempre que volver los ojos en busca de las fuentes de una Cultura Uruguaya que dio su flor en ejemplos cristalinios como el que resplandece en la evocación de Osvaldo Crispo Acosta... Una cultura que tenía en la Universidad firmes apoyos, que no excluyen el aporte extrauniversitario, pero que constituyen, como en la historia de las grandes universidades del mundo, el pilar estable, la esclusa que defiende contra las "virtudes enloquecidas" y contra la inspiración ciega, tan fascinante como riesgosa en su doble paso creador y destructor.

Sea el nombre de Osvaldo Crispo Acosta sobre estos muros que limitan la arbolada plazuela, un signo de Cultura Viva, un llamado a los valores de aquel estilo suyo, semejante al tipificado en la "ardiente pureza estoica" de Alfredo de Vigny, de quien dijo nuestro gran profesor los conmovedores rasgos, sentidos y comprendidos en profundidad, con una pasión que a penas asomaba, pero que atestiguaba el parentesco espiritual emocionante, en una grave réplica en la que se sentía a veces vivir el aire de Las vidas paralelas de Plutarco.

Esther de CACERES

(Especial para EL DIA)



Plazuela ubicada en la calle Guayabo, entre Tristán Narvaiz y Eduardo Acevedo